

## TROZOS DE MARMOL

(A Monseñor Carrasquilla).

*Sola manent interceptis vestigia muris:  
Ruderibus late tecta sepulta jacent.*

(Rutilius, *Itinerarium I*, 410-11) (1).

Hay una bella página de Longfellow, titulada *El reloj de arena*, sencilla digresión sobre lo que fue aquel puñado de polvo del desierto antes que estuviera en su prisión de cristal indicando la fugacidad de las horas.

Residuos de montañas desaparecidas, ceniza de muchas generaciones, juguete del simún devastador, ese polvo crugió bajo los carros de conquista; se agitó al paso de innumerables caravanas; fue hollado por la sandalia del patriarca, del profeta y de la Virgen Madre; por los solitarios de Tebaida, los granaderos de Bonaparte o los peregrinos de la Meca.

También así provoca fantasear cuando se tienen a la vista los fragmentos que dan ocasión a estos párrafos.

En hilera con sus rótulos sobre la mesa de estudio, aparecen esas preciosas muestras, obsequio de un amigo que las trajo de sitios célebres de Italia. Son restos de baldosas, de mosaicos imperiales y revestimientos de muros, que por su valor histórico merecen ocupar las vitrinas de un museo, a no ser que antes alguna fámula las descubra y arroje a la basura, tomándolos por guijarros o casquijo de ladrillos.

Ah! si estas piedras hablaran! Si una hada mensajera de Clío viniese a revelarnos todo cuanto aquellas presenciaron desde tiempos tan distantes!

- (1) Sólo quedan vestigios de muros destrozados,  
Y doquier entre abrojos los techos derrumbados

Aquí está una con tonos de nácar, hallada en el Estadio de los Césares, sobre el Palatino. Examinada con microscopio, se comprueba que es puro *cipoliño* de Túnez; y nadie ignora que en Africa se buscaban los materiales más raros para los palacios de Roma. Dígalo además ese otro ejemplar de mármol amarillo del Atlas (*lapis numidicus*), encontrado en el Foro.

¿Desea el lector seguir la ruta de unas galeras mercantes que cualquier día zarparon de las playas latinas, doblaron el cabo Miseno, y después de hacer escala en las Egades arribaron al puerto de Hadrumeto?

Pronto empiezan a recibir del *praecurator Caesaris* el cargamento de esclavos númeras, hienas y leones para los próximos juegos; madera de cidro, que convertida luego en mesas, será lujo de los triclinios; y por último, bloques transportados de lejanas canteras a lomo de camello, y acarreados a bordo por los descendientes de Hámilcar y Yugurta. Pedazos de dichos sillares son nuestros dos mármoles, destinados respectivamente al Foro y al Estadio. Puestos ya en el desembarcadero fluvial de *Marmorata*, cerca del Aventino, el uno va a ser pavimento pisado sin cesar por la plebe y los patricios, en tanto que el segundo servirá de asiento en la galería de los augustales; lo rozarán ricas togas y laticlavias; lo harán estremecer las aclamaciones; vibrará con los gritos en que se apuestan millares de sestercios. Evoe! Por Hércules! Por vida de Polux!

Era aquello en tiempo de Domiciano, quien para entretenimiento de su corte había establecido a la griega los juegos palatinos, donde se sucedía toda suerte de ejercicios gímnicos: la carrera, el salto y el pancracio; pugilato con manopla; danzas armadas, con acompañamiento de cantos guerreros; lanzamiento de discos, dardos y venablos.

Aplaudiendo desde lo alto del hemiciclo, ceñida de oro la calvicie prematura, y envuelto en púrpura el abdomen, cuya prominencia contrastaba con lo flaco de las piernas, el último de los Flavios era un retrato vivo de su lejano antecesor Nerón, al cual se parecía más aún por sus locuras, sus crueldades y el boato de sus fiestas.

A veces en lo más crítico de la lucha olímpica se llevaba la crispada mano a la coronilla, y al tocar la desnudez del cráneo suspiraba con despecho: «Qué suerte ha reservado el Destino a mis cabellos! Han envejecido antes que yo. Convéncete, Rufo, de que nada es tan efímero como la hermosura.»

\* \* \*

Recuerdos no menos precisos nos brinda un verde mármol de Prato, perteneciente al Foro de Nerva. También un *brèche* violeta y un pórvido rosado, egipcios ambos, y tomados de la Villa de Adriano.

El transporte fue mucho más largo para estas piezas que para las otras mencionadas. Acaso al extraerlas en la cordillera líbica o la arábica, la piqueta del operario nubio turbó el silencio de ignorados hipogeos, mientras fondeados junto a los muelles de Tebas, aguardaban los veleros que debían conducirlos. Penosa hubo de ser la faena del embarque, hasta que al fin los navíos se alejaron en una tibia alborada, con dirección al Delta. Cosa de una semana duró la travesía, con las posibles demoras en Abidos, Arsinoe y Hermópolis. Abajo de Menfis el trierarca ordenó virar a babor para tomar el brazo de Canope; y ahuyentando multitud de perezosos ibis los barcos avanzaron por entre orillas cubiertas de cañaverales y papiros.

A compás de rudas cantinelas cuyo ritmo marcaba un flautista desde el banco de proa, remaban los tripulantes, greco-egipcios como lo era el aparejo de los bajeles. No nos detendremos a describirlos, ni hablaremos de las frecuentes libaciones de jugo de palma, con votos a Isis o a Serapis; ni de algunos incidentes de la correría: pues un trirreme expedido por cuenta del emperador está esperando más allá del canal alejandrino (1) con objeto de verificar el trasbordo en las dársenas de Loquias, frente al santuario de Neptuno.

\* \* \*

—Bienvenido seas, Atmú, pariente de Anubis!—exclamó jocosamente un marino de Ostia, dirigiéndose al piloto del Nilo.

—Salud, bravo Mácer, lobezno del Tiber!—replicó festivo el oriental, que bajó por el planchón con la agilidad de una gacela. No podrás quejarte de mi retraso, porque estos vientos etesios, favorables a ti que llegas del norte, me han dado harta brega durante el trayecto del lago, y fue menester arriar las velas.

—Gracias a Eolo, mi navegación ha sido más feliz que la tuya. Plegue a los dioses que las brisas calmen, pues necesito regresar sin tardanza. ¿Sabes que el divino Elio ha resuelto edificarse en Tíbur una morada suntuosísima, y que para ella son los pórfidos que vienen a entregarme?

—Oh Neftis! Lo había sospechado.

El diálogo, interrumpido aquí por las voces de un vendedor ambulante de higos, tenía lugar en los ande-

(1) Alejandría, comunicada con el Nilo, se hallaba en situación semejante a la de Cartagena con respecto a su bahía y al canal del Dique.

nes graníticos del *Portus Regius* de Alejandría, una mañana del año 130.

Meses atrás, Adriano había visitado por vez postrera el Egipto en compañía de su hijo Vero y de su esclavo predilecto, que pereció ahogado en el río (1). Inconsolable, se aprestó a partir entonces, dando al Prefecto instrucciones relativas a la fundación de Antinoe, donde se levantaría un templo en honor del malogrado joven bitinio. En seguida, por distraerse, borrajó para su cuñado Serviano una interesante descripción de la antigua corte de Cleopatra. Tuvo que dejar las entretenidas discusiones del Brucheion, despedirse de Rácotis y de Eunostos.

A poco, el perfil de la isla del Faro se desvanecía ante sus miradas, distinguiéndose apenas una confusa columna de humo en el límite remoto. Adiós eternamente al país de los Ptolomeos!

Siguió recorriendo las demás provincias del Imperio, y de paso por las Galias, hizo construir el puente del Gard y el anfiteatro de Nîmes. En Lutecia los correos de Bretaña le anunciaron que estaba concluida ya la muralla de 26 leguas que ocho años antes había mandado erigir para atajar las incursiones de los caledonios (2). Entretanto sus arquitectos Demetriano y Apolodoro adelantaban a orillas del Anio las obras de la

(1) Versiones diferentes hubo acerca del triste suceso, ya suponiendo que Antinoo se había inmolado para librar a su dueño de una desgracia presagiada echando suertes; ya hablando de un *extispicium* o sacrificio humano ejecutado por los arúspices. Sobre ello puede leerse en la Biblioteca Nacional la *Historia Augusta*, edición única de Leiden (1661) dedicada al Barón de Wassenaer con comentarios de Casaubon, Saumaise y Gruter, *accurante Schrevelio*.

(2) De entonces data el busto colosal de Adriano en bronce, descubierto en el Támesis.

Villa Tiburtina; y cuando volvió a la capital cesárea, fatigado y casi sexagenario, se retiró a gozar el escaso resto de la vida, lejos de los negocios públicos en su mansión de recreo, cuyos planos él mismo había trazado, y cuyas dependencias ocupaban una extensión de siete kilómetros.

Imposible pintar detenidamente con palabras los diversos edificios que la componían. El César itálico, primo de Trajano, genuino artista muy diferente del histrión Eneobarbo y más refinado que un Petronio, entendía de escultura, pintura y poesía, de música y arquitectura. Por esto había querido que cada uno de tales edificios reprodujera en pequeño varios de los monumentos que más cautivaron la afición del conoedor en el curso de sus viajes. Representáos una aglomeración de jardines, pórticos, explanadas y peristilos. Cuantos han ido a escombrarlos, desde Pirro Ligorio y Piranesi hasta Daumet, Boissier, Winnefeld y Nibby, han reconocido entre los campos de trigo, termas y bibliotecas, ninfeas y exedra, palestra, natatorio y hasilica; teatro griego y latino, con muchas obras más, distribuidas en torno de las habitaciones del príncipe, según los datos de sus biógrafos Dión y Esparciano.

Circuían la residencia dos hondonadas. Por el nor-este una azotea se espaciaba largamente con vista al riachuelo Peneo, el cual surcaba un vallecito que Adriano llamó «de Tempe,» en memoria de Tesalia. El tramo del sur, sobre un canal navegable, era reminiscencia de las *delicias de Canopus*; el Pritaneo y el Pecile con copias murales de Polignoto; la Academia y el Liceo, imitaban los de igual nombre en Atenas. De sobra está que a más de los vasos mirrinos, alabastros frigios y bronces de Corinto, abundaban las estatuas; y que ellas asimismo eran reproducciones de las más no-

tables de Lisipo y Praxíteles. Procedentes de la Villa Adriana son el Harpócrates del Capitolio, la Cloris y las Piérides vaticanas, un fauno en rojo antiguo, los bajo-relieves de la Quinta Albani, los Centauros y el mosaico de la copa y las palomas. En las bibliotecas, adornadas con bustos de personajes ilustres, los autores favoritos eran Enio, Catón y Cecilio, todos arcaicos; mientras que en las salas de recitación leíanse de preferencia las obras de Anacreonte y Menandro. Más variado debía ser el repertorio teatral, en que los mimos populares alternaban con la escena clásica. De ahí se pasaba al odeón, a los espectáculos atléticos o a las partidas de caza, diversión preferida del gran señor que desde niño fue *venandi usque ad reprehensionem studiosus*.

Mas ay! que la tal distracción le costó la pérdida del brioso Borístenes, un corredor incomparable de sangre escita, terror que fue de los jabalíes en la apartada Panonia y en las selvas de Subiaco.

En un ambiente así la existencia se deslizaba sin pesares ni hastío, aunque todavía faltaba mucho para que Deslandes compusiera *El Arte de no aburrirse*. Al menos ese arte no era desconocido para el amo de casa, carácter envidiable por sus heterogéneas aficiones (1) genio complejo, *hombre múltiple* en expresión de Dión Casio. No podría decirse lo mismo del descontentadizo Floro (*Julius Florus*), poeta por más señas y verdadero bohemio de la época, quien aludiendo en un festín a las expediciones de Adriano se atrevió a declamarle unos acatalectos burlescos y cantables que preludiaban de este modo:

(1) *Litterarum omnium studiosissimus, ... arithmeticæ, geometriæ peritissimus. (Spart.)*

*Ego nolo Cæsar esse,  
ambulare per Britannos,  
scythicas pati pruinas (1).*

A lo que el aludido contestó:

*Ego nolo Florus esse,  
ambulare per tabernas,  
latitare per popinas,  
culices pati rotundos, etc. (2).*

La broma hubiera continuado mal sin la discreta intervención del secretario Heliodoro, que se picaba de hombre conciliador. A fin de digerir el *tetrapharmacum*, manjar algo pesado (3), porqué no salir a dar un largo paseo por la terraza, cuando les invitaba el despejado cielo de otoño?

Encamináronse todos allí desde el aula imperial, atravesando los emparrados del *viridarium*. Hacían parte de la comitiva la augusta Sabina y Catilio Severo, Prefecto de la ciudad; el jurisconsulto Neracio Prisco, Turbón, Numilio, Septicio Claro, el liberto Flegón, Arriano el legionario y el pretoriano Jenofonte. Sólo estaban ausentes Eudemón, aquejado de calenturas, y Taciano, por hallarse tomando los baños sulfurosos de *Aquæ Albulæ*, en moda por esos días. Pero no podía faltar con su mastín de Laconia el arlesiano Favorino, acom-

(1) No quisiera ser yo César errante por la Bretaña, o entumido allá en Escitia con rigurosas escarchas.

(2) No quisiera yo ser Floro vagando por las tabernas, o escondido en los tugurios con mosquitos que me ofendan.

(3) Muy del gusto de Adriano, componíase de faisán, ubre de cerda y pernil en escabeche: *de fasiano, sumine, perna et crustulo*.

pañado del joven Aulo Gelio, quien apenas contaba quince años y era discípulo del maestro Frontón, preceptista arcaizante y malhumorado, que imitando al moloso laconio, por doquiera olfateaba incorrecciones de lenguaje. Un tanto a la zaga venía también renqueando el anciano médico Dioscórides, que recién llegado de Cilicia tenía en preparación un excelente tratado sobre los diviesos, y ahora se entretenía herborizando y anotando observaciones que pensaba dedicar al emperador, allá por las calendas de diciembre.

La charla, tan pronto en griego como en latín helenizado, se animaba por instantes en aquella reunión medio seria y medio frívola de funcionarios, hombres de ciencia, letras y arte: filósofos, versificadores y matemáticos, juristas, pintores y militares, retóricos y naturalistas. Había además astrólogos, a quienes el soberano se apegó desde que uno de ellos le predijera en Mesia su advenimiento al trono; y no se echaban de menos los parásitos, cortesanos que pervirtieron a su señor con lisonjas, y con delaciones le tornaron suspicaz hasta el punto de condenar a muerte a Polieno y a Marcelo.

\* \* \*

En la serenidad vespertina retozaban frescas auras que esparcían efluvios de laurel y sérpil, mecían los gajos altos de los sotos, o destrenzaban los pámpanos enlazados en los plintos, con un rumor que algo tenía de sagrado, haciendo añorar al caballero Heliodoro los bosquecillos de Pafos. Adriano aspiraba con avidez los aromas campestres, y expansivo como nunca se dio a renovar las más gratas impresiones de sus correrías (1).

(1) «Ningún príncipe quizá recorrió tan rápidamente como él tantos países.» Esparciano.

—Recuerdas, caro Numilio, nuestra excursión al Etna? Jamás podré olvidar aquella salida del sol rodeado por un halo soberbio tras los escollos del mar siciliano (1); y luego en la cima del Casio la tempestad terrible, y el rayo que estuvo a punto de matarnos.

—Señal segura de que Júpiter Oroncio aceptó el sacrificio que le estábamos ofreciendo. Murió la víctima con su inmolador, pero tú quedaste a salvo para regocijo de tus amigos.

—Y yo te repito que nada hay en el mundo como las escenas naturales. Mi amor inmenso a Grecia, donde me eduqué, no podrá hacerme preferir las creaciones de sus maestros a los cuadros de la naturaleza, que según advierte Lucilio, «es más artista que todos.» Mira al frente, por ejemplo, esas laderas que retrata el Peneo con sus mantos de grama bordados de helechos y jarales, que trepan hasta el pie de los riscos en escarpe, asilo de los halcones. ¿Cuándo podría remedarse aquello en los panoramas del más vistoso fresco de estilo pompeyano?

En efecto, Adriano tuvo un alma templada como arpa eolia para responder al toque de lo bello en todas sus manifestaciones. Fue, sin extravagancias, un Byron del siglo II; y si hubiese vivido en la edad contemporánea, rivalizaría con Goethe, o habría hecho suya la frase final de Keats cuando celebró la urna griega: «Belleza es verdad, verdad es belleza: no necesitáis saber más.»

La conversación recayó luego sobre los misterios eleusinos, sobre las maravillas del Atica y sobre la visita a los campos de Mantinea y de Troya, donde él hizo restaurar la tumba de Ayax.

(1) *Aetnam montem conscendit ut solis ortum videret, arcus specie, ut dicitur, varium. Spart.*

—Tampoco dejaste sin reparar en Pelusio el sepulcro de Pompeyo,—observó Favorino, que había permanecido taciturno. Has unido así tu nombre al suyo, y en la historia quedará grabado como hace quince años lo grabaste con daga sobre el pedestal de Memnón.

—No me hables de esas comarcas funestas. Y a propósito de colosos, creo que el de Nerón debe ser retirado de la Vía Sacra, donde lo relegó Vespasiano. Hay que trasladarlo a otra parte cualquiera en que no estorbe el tránsito ni la vista semejante armatoste de bronce dorado. ¿Qué os parece el proyecto?

—Serían menester cuarenta bueyes.

—O cincuenta caballos, corrigió Neracio.

—Pues yo quiero darle novedad al espectáculo, y he pensado en veinticuatro elefantes. Vamos, Frontón, ¿qué es más castizo: *elephas* o *elephantus*?

—¡Que Jove me asista! *Elephas* o *elephans* es contracción latina inadmisibles por más que la hayan empleado Séneca y Marcial! Plauto y Marco Tulio siempre dijeron *elephantus*. Y si no me engaño, Plinio usó lo primero para el macho, lo segundo para la hembra. Ahora bien, la lexicografía etimológica, o mejor dicho, la etimología léxica....

Un pícaro acceso de tos cortó la docta especulación del purista, impidiéndole aducir las escolias de Verrio Flaco en su libro *De significatione verborum*.

Mucho divirtieron al César los escrúpulos frontonianos, pero se solazó más todavía hojeando la Interpretación de los Sueños por Artemidoro de Lidia, o proponiendo a sus familiares los logogrifos de Celio Firmiano, con los cuales antaño había puesto en calzas prietas a los académicos del Museum:

—Se vieron tan acosados como cierta vez en Atenas los osos y lobos cazados en el Panatenaico.

—Y en nuestro Anfiteatro Flavio tiene que haber igualmente batidas de mil fieras por lo menos. ¿Cuándo las darás, Elio magnánimo?

—Mis designios son más modestos, amigo Pletorio. Me limitaré a saetear cien leones de Getulia en las arenas del Coliseo, y después haré correr por las gradas torrentes de bálsamo y esencia de azafrán como en los funerales de la noble Domicia Paulina.

La noche se iba descolgando hacia la cumbre del Catilo, embozada entre nieblas. A la izquierda, desde las pendientes del Pecile, se extendía por cinco leguas la campiña solitaria, y en su confín dibujábanse ya borrosamente los contornos de Roma sobre el fondo del crepúsculo, que envolvía en reflejos de fragua los pantanos de Gabias y las faldas del Monte Mario.

Cual chispas dispersas del incendiado horizonte, flotaban Héspero y Sirio en piélagos de lumbre opalina. No muy a distancia, junto al puente del Anio, veíanse apostados fantasmas sombríos. Eran los cipreses que al margen del camino custodiaban la sepultura de los Plautos. En la caserna de los guardias acababa de sonar el clarín, anunciando la primera vigilia. En el valle chirriaba persistente una cigarra, y numerosos grajos cruzaban en tropel, a refugiarse en los álamos del huerto. El relente se dejaba sentir, y bueno era evitarlo siguiendo el prudente consejo de Dioscórides, apoyado en los aforismos de su viejo colega Cornelio Celso.

De regreso al *tablinum* el precursor de Galeno tuvo una agradable sorpresa cuando el emperador se le acercó a confiarle el secreto de dos medicinas de su invención, un antídoto de zumo de mandrágoras y un colirio eficaz elaborado con rosas de Tarento: también él era perito

en artes farmacéuticas, y *mecástor!* algo valía travesear su poco en achaque de yerbas.

\* \* \*

Concluida la cena se presentó un atriense, portador de cartas de la Acaya. Los dos insignes apologistas cristianos Cuadrato y Aristides, enviaban sus saludos con reiterados agradecimientos al clarísimo Elio. Hacía mucho que gozaban de la estimación imperial, y con su influencia habían logrado toda clase de garantías para los perseguidos creyentes.

De esta manera, bajo un gobierno pródigo y benévolo, no sólo la cristiandad sino el imperio entero disfrutó por veinte años de una paz que afirmó el reinado de los Antoninos, y pudiera con justicia llamarse «paz de Adriano.»

Se considera esa época como de decadencia en la historia de la cultura, aunque precisamente es en épocas tales cuando surgen delicados tipos de refinamiento. Al morir Adriano salían de la niñez Luciano y Apuleyo. Coetáneos suyos fueron Plinio el menor, Frontino, Tácito y Suetonio, que había precedido a Heliodoro en el cargo de secretario. Los escritos importantes de Adriano desaparecieron, mas nadie le aventajó en el gusto estético y en lo vasto de sus conocimientos.

¡Qué figura tan digna de atención es aquel hombre, a quien la antigüedad apellidó *restaurator orbis terrarum* y a quien Duruy no vacila en juzgar el primero de los emperadores! Eh verdad, por muchos aspectos es superior a Octavio, a Tito y al estoico Marco Aurelio, que desmintiendo sus principios de moderación hostilizó a la Iglesia naciente. Como legislador promulgó el Edicto Perpetuo, código que sirvió de norma en la milicia hasta el fin de la dominación romana. Estadista y

guerrero, si desistió de luchar inútilmente con los Partos, rechazó a los Alanos, Sármatas y Dacios, aseguró las fronteras, defendidas por fortalezas inexpugnables y por la disciplina de treinta legiones; y dispersó a los judíos, causa constante de agitación política y religiosa. Defe- rente con los magistrados, fue generoso con el pueblo y con los reyes vencidos o aliados, como el de la Bac- triana que le envió embajadas de amistad. Los esclavos mismos le debieron la supresión de las ergástulas y las carnicerías de gladiadores, tan conformes a la cruel- dad de los romanos cuanto repugnantes a la delica- deza de los griegos. Y Adriano fue hijo espiritual de la Hélade, criado con el néctar del Himeto!

Era trabajador incansable, de lo cual son prueba las muchas obras benéficas que dejó en todas partes, principalmente en Atenas, colmada por él de edifica- ciones monumentales donde no permitió siquiera que la gratitud pública inscribiese su nombre (1).

Dotado de una memoria prodigiosa y de hábitos de orden, tenía cuidado de reglamentar las menores ocupaciones diarias. Entre sus prendas personales lucía el ingenio agudo y una esmerada pulcritud.

Supersticioso como todo pagano, la víspera de en- fermar gravemente creyó tener presagios de su muerte cercana en extraños delirios que le atormentaron. Soñó verse acometido por el león que alguna vez desoló el nomo de Nitria y que él finalmente mató en las riber- ras del Mareotis. Acto continuo, le apareció en un pra- do de asfódelos la sombra de su padre ofreciéndole embriagante copa de beleño, de cuyo letargo jamás nadie se despierta. Al siguiente día, durante la comida que por última vez tomaba en Tibur, se le cayó del

(1) *Quum opera ubique infinita fecisset, nunquam ipse nisi in Trajani patris templo nomen suum inscripsit. Spartianus.*

dedo una sortija que ostentaba su imagen cincelada en camafeo. Augurio nefasto! Esa misma tarde se hizo conducir a Bayas postrado por la fiebre, y dictó su testamento. Ya próximo a espirar hacia los idus de julio del 138, pidió a su fiel Mástor le trajese recado de escribir, y con lucidez y mano firme compuso este juguete expresivo en que apostrofaba sentidamente a su alma:

Alma mía querida, vágarosa y suave,  
que del cuerpo fuiste dulce compañera,  
y vas a ausentarte por siempre a regiones  
de brumas opacas: heladas, desiertas,  
do no podrás nunca cual antes solías  
holgar con donaires que amaste en la tierra! (1).

Poco después una inscripción en la roca de Melfa conmemoraba la apoteosis de sus manes.

La urna que guardó las cenizas fue primeramente depositada en la Villa Puzolana de Cicerón, sobre el camino de Nápoles. De allí se llevó al Mausoleo, que hoy es Castillo de Sant' Angelo.

La mansión tiburtina quedó para siempre abando- nada. Se trocó en albergue de lechuzas y murciélagos, y los cabreros del Tempe no volvieron a aproximarse, temiendo habérselas con espectros o encantamientos. Más que las zarzas invasoras, más que las hordas de Totila, el vandalismo renacentista completó la des- trucción.

Sin embargo, los despojos que en las ruinas supo recoger el visitante, no enmudecen. Demasiado acaba

(1) *Animula vagula, blandula,  
hospes, comesque corporis:  
quæ nunc abibis in loca  
pallidula, rigida, nudula,  
nec ut soles, dabis jocos.*

de inspirarnos el minúsculo rezago de tanta pompa, que manchado de cárdenas vetas estoy aquí contemplando. Donde las cifras del examen químico solamente registran óxidos y carbonatos de una especie calcárea, propia de colección mineralógica, los ojos del espíritu, hechizando la reliquia, expanden visiones de las edades pretéritas.

Quién hubiera entonces imaginado que al cabo de diez y nueve siglos ese pobre desecho marmóreo franquearía las Columnas de Hércules y costearía las Islas Afortunadas que adivinó Eratóstenes en el mar de los Atlantes, para ir todavía más lejos a despertar el pensamiento del pasado, haciéndole vislumbrar a un incógnito habitante del mundo nuevo, el esplendor y ocaso del mundo antiguo.

JUAN C. GARCIA  
Presbítero.

---

### COMO TODOS LOS DIAS....

---

Como todos los días, al iniciarse la bajamar, Lita y Celuca, las hijas de Tonio, *el Greñudo*, cogieron sus cestas y sus refeles, y salieron calle abajo brincando alegremente.

Y, como todos los días, desde la puerta del tugurio que les servía de cobijo, se alzó, amonestadora y grufona, la voz de la madre:

—Contad con que si padre vos coge de palique con la rapaza' de Andresuco, vos desloma...

Lita y Celuca se encogieron de hombros, como todos los días, y, como todos los días, dieron un rodeo para no toparse con su padre, que, casi indefectiblemente, estaba de guardia en la entrada de la taberna de los